

UNO

Valle del río Hudson, julio de 1884

La quietud lo rodeaba, y aquel hombre la recibía con agrado; la absorbía casi como una planta absorbe la luz y se vuelve hacia ella porque la necesita para existir. Se dio cuenta de que los latidos de su corazón iban haciéndose más lentos y su respiración adquiría un ritmo sosegado, pero no se concentró en estas cosas, sino que las dejó estar; ocurrían de forma espontánea mientras él aceptaba la calma y la tranquilidad de *ser* en aquel momento.

Estaba agachado al borde de una gran roca, a escasa distancia del pequeño y cristalino lago. Su cuerpo, delgado y ágil, parecía listo para alzarse en cuestión de segundos, sin vacilar, aunque por el momento no se movía. La espera proporcionaba su propio placer.

Si le hubieran preguntado qué o a quién esperaba, no habría sabido contestar: eso no importaba, como tampoco importaba la causa por la que estaba al borde de aquella roca inclinada. Esperar no le suponía impaciencia ni inquietud, sino todo lo contrario: implicaba cierta curiosidad embriagadora, parecida al aroma de las flores silvestres que lleva el viento; algo fugaz y esquivo, pero que se aprovecha y se disfruta. De la espera surgían posibilidades y expectativas; en cuestión de un segundo podía

ocurrir cualquier cosa... Él lo sabía y así lo sentía en aquella ocasión.

Unas cintas de bruma matinal subían desde el lago. Cedros rojos, abedules y pinos blancos lo rodeaban, pero ni siquiera sus grandes ramas tapaban el evidente ascenso del sol. El calor levantaba un velo de vapor de la neblina, y la luz se reflejaba en la superficie del agua. El hombre observó los cambiantes dibujos que centelleaban y relucían como estrellas, y por un momento casi le dio la impresión de que aquel lugar capturaba el cielo.

Esa idea provocó su primer movimiento: la ligera elevación de una comisura de la boca. Una sonrisa a un tiempo socarrona y regocijada, con algo de burla y algo de cautela, que habría asombrado a cualquier observador. A aquel hombre no lo avergonzaba la idea que se le había pasado por la cabeza, pero conocía a algunos que se habrían avergonzado por él; pensar que el cielo pudiese estar apresado en un estanque que quizá fuera propio de poetas y filósofos..., pero a los exploradores del ejército de Estados Unidos les convenía guardarse esos pensamientos para sí mismos.

El asomo de sonrisa se desvaneció, y sus facciones volvieron a su estado de reposo, impenetrables e impasibles. Sin embargo, la suya no era una expresión fría o indiferente. En su boca no había tensión ni desinterés, y la bien tallada línea de su mandíbula no se apretaba con fría dureza. El origen de la severidad que caracterizaba su gesto más bien era la calma.

A través de la manga del encerado guardapolvo negro, sintió como si unos dedos calientes se le posaran en el hombro. Después, cuando el sol subió más, una franja de calor le llegó justo por encima del cuello de la camisa, al cabo de un instante le rozó la mejilla y, luego, el lustroso y espeso cabello negro. No hizo ademán alguno de despojarse del grueso gabán, ni de recogerse el pelo en la nuca,

donde le rozaba el cuello de la camisa, sino que recibió el calor con tanto agrado como el silencio o la espera. Alzó la cara, cerró los ojos un instante y respiró la luz del sol.

Cuando abrió los ojos, ella estaba allí. De pie, al otro lado del lago, flanqueada por dos abedules gemelos que parecían centinelas. El acceso al agua estaba indicado por unas grandes rocas que se elevaban desde la ribera casi como una escalera, pero ella no hizo ningún movimiento. Ni siquiera pisó con los pies descalzos las planas losas que el sol había calentado. En lugar de eso permaneció muy quieta, sosteniendo su ropa en sus brazos cruzados. Eso era todo cuanto llevaba puesto.

Al principio, él creyó que se había quedado inmóvil porque lo había visto, pero en seguida advirtió que no tenía la postura congelada y sorprendida de una cierva asustada, no se aferraba a sus prendas con ademán defensivo, para proteger su pudor o su dignidad, sino que, sencillamente, las sostenía. Lo impresionó la veneración que evidenciaba su postura, su actitud de respeto hacia el tranquilo claro de bosque que acababa de descubrir, y se dio cuenta de que su inmovilidad no tenía nada que ver con él. No se había dado cuenta de que estaba siendo observada, y él deseó que siguiera ajena a ello. Con no poco pesar, sabía que tendría que hacerle notar su presencia..., pero todavía no, pensó egoísta, todavía no.

El estado contemplativo de la mujer terminó de forma brusca. Con gesto descuidado, dejó caer al suelo la ropa, que quedó como un oscuro relieve sobre las pálidas piedras bañadas de sol. No pareció darle la menor importancia a su gesto y no se detuvo ni un momento a colocar las prendas para que no se arrugasen. En cierto modo, que no fuera más cuidadosa con sus cosas desagradó al hombre. Entonces, por un instante, pudo vislumbrar fugazmente una piel sana y rosada, unas curvas de elegante delgadez y unos pechos de pezones rosados. Haciendo caso

omiso de la escalera de piedra, la mujer se lanzó al agua desde donde estaba, y entró en ella limpiamente, con una zambullida arqueada, airosa y poco profunda, que levantó una salpicadura de brillantes gotas.

No emergió en seguida, y, con la mirada, él siguió su rápido avance por debajo de la superficie del agua, tan fluida como el elemento en el que se movía. Su cuerpo ondeaba con suavidad en la corriente creada por ella misma, sus esbeltas y largas piernas se movían al unísono y la propulsaban con un ritmo seductor, casi perezoso. Creyó que saldría a la superficie en busca de aire hacia la mitad del estanque, pero de repente ella decidió bucear, y sólo la redondez de su trasero apareció por encima del agua antes de hundirse más. Por un instante, a la cara del hombre asomó una sonrisa.

Cuando ella subió por fin a coger aire, lo hizo justo bajo el mirador donde él se encontraba. Al alzar la vista y verlo por primera vez, el hombre ya no sonreía, pero seguía agachado al borde de la roca como un ave de presa. Su brillante pelo negro y el largo guardapolvo, negro también, que cubría el suelo que lo rodeaba, contribuían a dar esa impresión. Unos penetrantes ojos grises la observaban atentos por encima de la línea recta aunque, en cierto modo, agresiva de su nariz.

El hombre no dijo nada, se limitó a seguir mirándola fijamente. Y, a pesar del rubor que le subía por la piel y le calentaba las mejillas, ella no se sumergió bajo el agua; no era propio de ella salir corriendo, aunque el sentido común le mandara que lo hiciese. Con la naturalidad que la caracterizaba, le devolvió la mirada. Él pensó que tenía los ojos llamativamente verdes, de un verde tan profundo como el del bosque que la rodeaba. Era un puro placer mirarlos, y no se dio prisa en apartar la vista.

—Me parece que no tiene usted vergüenza ninguna—dijo ella.

En otras circunstancias y en otro decorado, habría sido capaz de infundir a sus palabras suficiente acidez como para grabar el vidrio. El desconocido se limitó a sonreírle y a preguntar:

—¿Tanto se nota?

Entonces tuvo que recurrir a una mirada feroz y desdeñosa que, según le habían dicho, resultaba abrasadora, pero al hombre que la contemplaba lo dejó indiferente. Ella era lo bastante realista como para reconocer que él tenía todas las ventajas: estaba en alto, pisaba terreno firme y, lo más importante, llevaba ropa puesta. La verdad era que chapotear desnuda en el agua no le confería mucha dignidad. Y peor todavía, empezaba a cansarse.

Él observó cómo el ritmo de sus movimientos cambiaba mientras buscaba apoyo entre las rocas sumergidas. Estaba ya dispuesto a echarle una mano cuando ella hizo pie en un estrecho saliente, desde luego, no con la intención de salir del agua; al contrario, permaneció allí, a cubierto, descansando. La humedad le brillaba en los hombros y en el hueco de la garganta, y él paseó la vista por su cuello, la dejó resbalar por su suave mejilla y su oreja hasta detenerla, al fin, en su cabello cobrizo, que en esos momentos parecía un casco mojado sobre su cabeza.

Si los ojos de la mujer eran su rasgo más notable, el cabello era el más insólito. No sólo por el color, sino también por la longitud. Desafiaba cualquier moda, pues lo llevaba muy corto, cubriéndole sólo la cabeza, y, las puntas, ahora que se le iban secando al sol del amancer, se le empezaban a rizar. Las mujeres apaches se cortaban el pelo cuando estaban de duelo, y él estuvo a punto de preguntarle si había perdido a algún ser querido, un esposo o tal vez un padre, cuando recordó que ella no entendería la pregunta, pues los neoyorquinos no observaban los mismos ritos que los chiricahuas, los kiowas o los mezcaleros. El hombre se tocó la nuca, donde el pelo le rozaba

el cuello de la camisa. Incluso en aquellos momentos lo tenía más largo que ella, y eso que se lo había cortado recientemente en señal de respeto por el fallecimiento de un amigo, y también, aunque con menos ganas, como concesión a las costumbres de Nueva York.

Mientras el desconocido seguía mirándole fijamente el cabello, se sorprendió llevándose una mano a la cabeza con timidez y tirando de un húmedo mechón cerca de la sien para ver si así parecía más largo. Ese simple gesto bastó para que él desviara la vista, y ella se preguntó cómo habría interpretado su pelo tan corto. ¿Creería que estaba enferma? ¿Que tenía piojos? ¿Que era la marca de una adúltera?... Tuvo la sensación de que la compadecía, y eso hizo que levantase el mentón en un ángulo de orgullo y desafío.

—Ha entrado usted ilegalmente en este lugar —dijo con frialdad—. Esto es propiedad privada.

Él no se inmutó.

—Me han invitado.

—¿Quién?

—El dueño.

—Eso es imposible.

Él se encogió de hombros. Le daba igual que lo creyera o no.

—Usted no es su mujer, ¿verdad?

Ella parpadeó al oírlo, sorprendida de que creyese que pudiera ser la mujer de alguien. Echó un vistazo por encima del hombro hacia el otro lado del estanque y, al ver su ropa amontonada sobre la roca, se dio cuenta de que él no tenía ninguna pista. Entonces alzó la vista hacia él y entornó los ojos con gesto desconfiado.

—¿La mujer de quién iba a ser?

—De Walker Caine.

Ella eludió dar una respuesta y dijo en cambio:

—Ésta no es la propiedad de Walker Caine. La man-

sión Granville está a unos cuantos kilómetros siguiendo la carretera principal.

En ese momento, observó con algo parecido a la fascinación cómo la bronceada cara del hombre empezaba a cubrirse de rubor. Iba completamente afeitado, de modo que nada, ni barba ni bigote ni patillas, ocultó la reveladora marea de vergüenza. Una vez pasó, una leve sonrisa burlona le asomó a la boca.

—Me parece que no voy a contarle esta historia a Walker... —comentó—. Ni tampoco a nadie más.

Antes de que ella pudiera preguntarle qué gracia tenía haberse perdido, él se puso en pie y se desembarazó del guardapolvo. Era alto y de músculos largos, y, a pesar de haber estado en cuclillas mientras hablaban, parecía ágil y relajado. A ella no le costó nada apreciar que era lo que su madre llamaba «una hermosa figura de hombre». Pero no fue su aspecto físico lo que le hizo soltar un grito ahogado al verlo de pie, sino lo que vio que llevaba al cinto.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? —le preguntó. Supuso que se merecía la sonrisa burlona que él esbozó—. Lo que quiero decir es que en Baileyboro los hombres no llevan armas de fuego.

—«Arma» de fuego, en singular: un Colt cuarenta y cinco de cañón corto —precisó él. Para entonces, ya se había soltado el cinturón y lo había dejado con cuidado sobre el guardapolvo. Cuando volvió a hablar, sus dedos se movían con destreza, desabrochándose los botones de la camisa—. Como las que llevan los pistoleros.

La miró con una oscura ceja levantada mientras se preguntaba si ella mordería el anzuelo... No lo hizo. Se había quedado callada porque toda su atención se concentraba en que estuviera quitándose la camisa. De pronto, al ver que empezaba a desabotonarse también los pantalones, recuperó la voz.

—¿Qué cree que está haciendo? —preguntó.

Los dedos de él no se detuvieron ni un segundo.

—Voy a nadar.

Para sus adentros, el hombre se preguntó si sabría. Desde luego, no se movería con tanta soltura como ella. En el mejor de los casos, sería patoso, en el peor..., en el peor se ahogaría.

La última vez que se había metido en agua lo bastante profunda como para nadar tenía siete años. Fue en el río Ohio, y desde entonces habían pasado veintitrés años. En aquella ocasión se resistió hasta que su padre le tendió una mano y le dijo que, una vez aprendiera, ya no lo olvidaría nunca. Ahora estaba a punto de comprobar la verdad de aquellas palabras. Recordaba tan poco sobre su padre que confió en que la memoria no estuviera engañándolo.

—No, usted no va a nadar —declaró ella con firmeza, como si creyera que estaba en su mano detenerlo.

Él no respondió. En vez de eso, antes de seguir con los pantalones, se sentó en la roca y se deshizo de un tirón de las polvorientas botas. Le parecía como si su cuerpo estuviera cubierto de ese polvo, y la decisión de quitárselo sumergiéndose en aquel lago le parecía cada vez más acertada. Cuando se puso en pie de nuevo para quitarse los vaqueros y la ropa interior, vio que estaba solo: ella se había zambullido. Había tomado impulso en el saliente y nadaba ya hacia el centro del estanque. Entonces él, con su expresión tranquila e impenetrable, se lanzó al agua.

Tardó tanto en subir que ella empezó a preocuparse. Desde donde estaba, resultaba fácil seguir su avance. Metió la cabeza bajo el agua para buscarlo, pero su profunda zambullida había levantado una nube de sedimentos y no se veía casi nada. De pronto sintió que, por casualidad o a propósito, él le rozaba la pierna, y a continuación emergió. Se echó hacia atrás el tupido cabello, que, mojado y bajo la luz del sol, se veía de un negro azu-

lado. Estaban muy cerca, e, instintivamente, ella se apartó antes de que un movimiento del agua los acercara más.

—Mi padre tenía razón —dijo él.

—¿En qué?

—No se me ha olvidado.

Supuso que él sabría de lo que estaba hablando, porque lo que era ella no tenía ni idea.

—Usted no debería estar aquí, ya le he dicho que es propiedad privada.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que se cansaba mucho menos que él para permanecer a flote. Ella pensó que, si se ahogaba, le estaría bien empleado... o al menos si creía que iba a ahogarse. No se veía dejando que eso ocurriera.

—Sí, eso ya lo ha dicho. Pero también me ha dicho que esto no pertenece a Walker, y creo que no me equivoco si digo que usted no es la esposa de Walker. —La miró fijamente con sus ojos grises—. ¿Lo es?

Ella se planteó decirle una mentira. Después de todo, antes de convertirse en la esposa de Walker Caine, Skye Dennehy también iba a bañarse desnuda a aquel lugar de vez en cuando.

—No —contestó al fin—. No soy la esposa de Walker. Él meditó la respuesta mientras la miraba.

—Bien.

Ella se preguntó cómo sería posible darle tanto significado a aquella palabra sin cambiar el tono de voz. Su cadencia, suave y ronca, le hizo pensar en el mejor bourbon que guardaba su padre. Sus claros ojos grises seguían pareciendo gélidos como la escarcha, y, sin embargo, ella no sentía frío, sino un ardiente calor. Por alguna razón que no entendía, se sentía atraída hacia él, y esa sensación resultaba desconcertante. No importaba lo bien que ella nadase, pues allí, en el familiar y pequeño lago donde había disfrutado de tantos veranos diver-

tidos con sus hermanas, Mary Francis Dennehy reconoció que no hacía pie.

—Me tengo que ir —dijo. Le habría gustado que su voz no hubiese dejado traslucir tanto pesar e inseguridad.

—Todavía no.

Ella no contestó, sino que nadó con decisión hacia la orilla rocosa donde estaba su ropa. Al pasar junto al hombre, éste la cogió sin esfuerzo por el tobillo y tiró de ella hacia atrás. Su forcejeo instintivo la llevó unos centímetros más cerca de su pecho brillante y húmedo, y entonces ella dejó de moverse para no acabar directamente contra su cuerpo desnudo.

—Me quiero ir —declaró con claridad. Esta vez no cabía duda respecto a su resolución.

—Muy bien —replicó el hombre, y levantó las manos para acceder a sus deseos. Al instante se hundió un poco en el agua.

Ella lo observó con recelo mientras él resoplaba y, una vez segura de que no necesitaba rescate, nadó hacia los escalones de piedra. Antes de subirlos para salir del agua, echó un rápido vistazo por encima del hombro: la mirada con la que se encontraron sus ojos fue la de un ave de presa. Entonces hizo girar el índice y dijo:

—Dese la vuelta o sumérjase mientras salgo.

—Antes no me ha parecido tan tímida.

—No sabía que estaba aquí, y usted sabe que no lo sabía.

—Me declaro culpable: tiene razón.

Su voz no expresó remordimiento; en las mismas circunstancias, volvería a hacer lo mismo... Sin embargo, comprendió que esta vez era ella quien estaba dispuesta a esperar y él quien estaba cansado. Se sumergió bajo el agua y contó hasta diez antes de volver a salir a la superficie.

Ella estaba sentada en la losa de piedra calentada por

el sol, vestida con una lisa combinación de algodón blanco; tenía las rodillas recogidas contra el pecho y se las rodeaba con los brazos. La combinación estaba mojada en algunas partes, porque no había tenido tiempo de secarse bien.

—Podría haber salido de espaldas a mí —lo reconvino ella—. ¿Cómo sabía si ya estaría tapada?

—Confíe en que sería rápida, aunque tuviera que meterse corriendo en la maleza.

Él observó que, ahora que estaba vestida, se mostraba un poco más segura. No quiso desengañarla haciéndole notar que la luz del sol convertía su combinación en una protección poco eficaz; si en aquel momento se pusiera de pie, quedaría más descubierta que en el agua.

—¿Es suya la casa que he dejado atrás al venir hacia aquí?

—No —contestó ella con sinceridad.

—¿Es una invitada?

¿En casa de sus padres? Ni hablar.

—No, una invitada no.

—Entonces una criada...

Mary Francis tenía una sonrisa tranquila y serena, y en aquel momento lo obsequió con ella.

—No, aunque ése es un error que en mi familia ya se ha cometido antes. —Vio que él estaba pensando otra pregunta, y le tomó la delantera preguntando ella a su vez—. ¿Qué tiene usted que ver con Walker Caine?

—No tengo nada que ver con él; sólo quiero reanudar una antigua relación.

Ella lo miró fijamente mientras sopesaba sus palabras.

—Walker Caine tiene enemigos. ¿Cómo sé que no es usted uno de ellos?

—No lo sabe.

Mary lo meditó, y al fin soltó un suspiro cuando tomó una decisión.

—Walker Caine es mi cuñado.

El hombre arqueó levemente una oscura ceja.

—Entonces Mary Schyler es...

—Mi hermana.

Él entornó los ojos para examinarla mientras notaba la fatiga hormigueándole en las piernas.

—Y usted es... ¿Mary Michael?

De nuevo apareció aquella serena sonrisa, y ella negó con la cabeza y explicó:

—Está en Denver.

El agua parecía varios grados más fría que momentos antes.

—¿Mary Renee?

—Está poniendo vías para el Northeast Rail en algún lugar de las Rocosas.

La sonrisa ya alcanzaba los ojos color verde selva.

—¿Mary Margaret?

Por lo visto, Walker le había escrito a su amigo hablándole de toda la familia... Se advirtió a sí misma que no debía disfrutar tanto de la creciente incomodidad de aquel extraño.

—Acaba de licenciarse en la Facultad Femenina de Medicina de Filadelfia, y está de nuevo en su hogar, el rancho Doble H, en Colorado.

—Ya entiendo...

Le reconocía el mérito de saber ocultar tan bien sus ganas de salir del agua. Se alisó la combinación sobre las rodillas y lo miró con gesto expectante.

—En ese caso, es usted Mary Francis —concluyó él al fin.

Ella no pudo evitar que se le agrandara la sonrisa.

—Exacto.

—La monja.

—La monja —confirmó Mary.

De nuevo la sorprendió volviendo las tornas. Ahora

era ella la que dominaba la posición más alta, la que se encontraba en suelo firme y la que llevaba puesta ropa, y a pesar de todo, la miró tan fijamente que consiguió que apartase la vista.

—Me parece que no tiene usted vergüenza ninguna —dijo, repitiendo sus palabras de antes.

Luego, se dio media vuelta en el agua y, con fuertes aunque torpes brazadas, nadó hacia la orilla opuesta.

Mary Francis se quedó inmóvil, como petrificada, y tardó un rato en levantarse. Estaba alargando la mano para coger la ropa cuando lo oyó salir del agua. Segura de que él ya no estaba mirando, empezó a vestirse. Gracias a su descuido de antes, el negro hábito se había arrugado, e hizo un intento poco logrado por alisarlo. Después se ajustó el rígido cuello blanco, sacó el rosario del bolsillo y se lo ató a la cintura. No llevaba la toca ni el velo, y su cabello cobrizo resultaba demasiado llamativo, casi incongruente, en contraste con la severidad del hábito. Hundió los dedos en el pelo para sacudirse las últimas gotitas de agua.

Él estaba abrochándose el cinturón de donde colgaba el arma cuando oyó la tranquila voz de ella desde el otro lado del lago. Se paró, alzó la cabeza y la miró. Allí estaba, de pie, con su liso vestido negro, a la vez sombrío y sencillo, mientras él volvía a ver en su mente un destello de pechos de pezones rosados. Tenía las serenas facciones de un ángel y él pensaba en cómo sería besar aquella boca. Ella dio un paso hacia el estanque y el movimiento hizo que el hábito se le pegara a las piernas. De repente él recordó el ondulante ritmo de sus caderas y piernas abriendo un surco en el agua.

—¿Me ha oído? —preguntó Mary. Sin apartar la vista, él asintió con la cabeza—. Puede venir a casa a desayunar, si quiere, es decir, si tiene hambre.

Sí que tenía hambre. El tren procedente de West Point

lo había dejado en Baileyboro mucho antes de que ninguna pensión sirviera comida, y prefirió ganar tiempo y recorrer a pie los siete kilómetros y medio que había hasta la mansión Granville en lugar de quedarse esperando en la estación. En aquellos momentos, no sólo estaba hambriento, sino que, por lo visto, no había caminado lo suficiente.

—No, gracias —dijo—. Creo que iré directo a casa de Walker.

Mary podría haber dicho: «Como quiera»; Dios sabía tan bien como ella que era lo que deseaba, pero no lo hizo. Creyó que le valía más comportarse con caridad en aquel momento que confesar más tarde que no la había tenido.

—Walker y Skye han regresado a China —explicó—. Se fueron poco después de la ceremonia de licenciatura de Maggie. En la mansión no hay nadie salvo el jardinero y su mujer.

A continuación, tomó el sendero que conducía al bosque y continuaba hasta la casa de verano, dejando a criterio del amigo de Walker seguirla o no. Él llegó a su altura más rápido de lo que ella habría creído posible; su paso era a un tiempo veloz y silencioso. Mary no hizo ningún comentario sobre su decisión de acompañarla, sino que, con gesto distraído, se limitó a pasar los dedos de la mano derecha por el rosario.

—Me llamo McKay —dijo él—, Ryder McKay.

Ella contestó a la presentación con una breve inclinación de cabeza.

—No recuerdo que Walker lo mencionara, aunque tampoco es que haya pasado mucho tiempo con él. Es una lástima que no esté aquí para recibirlo.

—Dudo que él pensara lo mismo —comentó Ryder—, dado lo mucho que deseaba volver a China.

—Mi hermana también estaba emocionada. Skye se imagina que es una especie de aventurera.

—Entonces se ha casado con el hombre adecuado.

Mary lo miró de reojo y respondió en voz baja:

—Sí, creo que sí.

Siguieron recorriendo en silencio el camino sombreado por las grandes ramas de los pinos, los robles y los nogales. Cuando aumentó más la pendiente, ella se recogió el vestido y él pudo ver que seguía descalza, aunque eso no le impedía caminar por aquel terreno irregular. Una vez coronada la cuesta, preguntó:

—¿Qué lo ha llevado a usted al lago? —Ante ellos, a un centenar de metros, se alzaba la casa de verano, al otro lado de un campo salpicado de flores silvestres: margaritas, aguileñas y lirios de día—. ¿Por qué no ha venido a la casa, si creía que Walker vivía aquí?

—Era demasiado temprano. He echado un vistazo, pero no había nadie levantado, y me ha parecido más educado esperar.

—Pero ¿qué lo ha llevado al lago?

—El olor del agua.

—¿El olor? Pero...

Él se encogió de hombros, y su gesto abortó la pregunta. Era algo que no sabía explicar, y que ella no comprendería. Quizá le extrañase que no hubiese ido directamente al río, pero es que éste tenía un olor distinto.

Mary Francis sentía como si la casa de verano la llamase; con su estructura de madera blanca recién pintada, reluciente al sol, era como si las ventanas le hicieran un guiño. Al llegar a la puerta de atrás, que daba a un porche cerrado, se sacudió los pies en la estera de cañamo y luego se puso unas suaves zapatillas negras de piel. A continuación cogió un balde de frambuesas que había recogido por la mañana temprano y, mostrándoselo al hombre, dijo:

—Yo ya me había levantado cuando usted ha llegado, pero no estaba en casa.

—Reconozco mi error —soltó él con cierta frialdad.

Ella vaciló un segundo, luchando con el impulso de desviar la mirada, pero antes de que la disculpa se le atorara en la garganta, se apresuró a decir:

—Lamento lo ocurrido. Debería habérselo dicho de entrada; eso habría cambiado las cosas.

Con un asomo de aspereza en la voz y un brillo intenso en sus claros ojos grises, él replicó:

—¿Y por qué no lo ha hecho?

Mary no respondió, sino que entró delante de él en la cocina. Sabía que necesitaría mucho examen de conciencia para contestar a aquella pregunta con sinceridad.

La estancia era espaciosa. Una mesa rectangular de pino, grande y maciza, dominaba el centro de la misma, y de un armazón de madera que colgaba del techo pendían cazos, sartenes y utensilios de cocina, sujetos en ganchos de hierro. Una de sus hermanas, no recordaba cuál, lo había bautizado como «la lámpara de las cazuelas», y el nombre se le había quedado. Ella alargó la mano para coger una de las sartenes de hierro colado y preguntó:

—¿Le apetecen unas tortitas?

Él asintió brevemente con la cabeza y miró a su alrededor buscando algo que hacer. Su hospitalidad lo desconcertaba; no estaba acostumbrado a alfombras de bienvenida. Rara vez lo invitaban a ninguna casa y, además, las circunstancias de aquella invitación eran de lo más extraordinario.

Mary señaló una de las seis sillas que rodeaban la mesa.

—Pero siéntese... —dijo—. A no ser que prefiera desayunar en el comedor, en ese caso, puede esperar en el salón mientras cocino.

Él sacó una silla con la puntera de la bota.

—No, así está bien.

«Más que bien», pensó en silencio. Era consciente de

sus botas polvorientas, de su ropa, que parecía que no se la hubiese quitado para dormir, de su pelo oscuro y húmedo que apenas empezaba a secársele en la nuca...

—Cuelgue el guardapolvo en aquella percha, junto a la puerta trasera —le indicó Mary al verlo vacilar. Entonces le echó un vistazo a las manos vacías—. ¿No tiene sombrero?

Ryder negó con la cabeza. Casi siempre llevaba un pañuelo de colores atado alrededor de la frente. Tenía uno en el bolsillo del guardapolvo, pero no se lo había puesto desde hacía dos semanas, cuando salió de Fuerte Apache. Volvió a tocarse la nuca. Dos semanas era también el tiempo que hacía que se había cortado el pelo. De pronto, se dio cuenta de que Mary lo miraba expectante, y reparó en que ni siquiera había empezado a quitarse el gabán. Lo hizo y lo colgó, y también el cinturón con el revólver. Aunque su anfitriona no hizo ningún comentario, él percibió su alivio.

La negra hornilla de hierro era un armatoste monstruoso, que por lo general necesitaba más mimos que un niño malcriado, pero aquella vez prendió con facilidad. Mary puso la sartén y le añadió un trozo de mantequilla para que se calentara, después se apresuró a disponer los ingredientes de las tortitas en un cuenco que colocó ante Ryder junto con una varilla de madera.

—Usted mezcle esto mientras yo limpio las frambuesas.

Agradecido por tener algo que hacer, él no puso objeciones. Cuando tuvo preparada una mezcla homogénea, la mantequilla ya saltaba en la sartén y, sin que Mary se lo indicase, se levantó de la mesa y empezó a hacer las primeras tortitas. Desde el fregadero, ella se detuvo para echar un vistazo por encima del hombro. Ryder estaba absorto en su tarea y, al parecer, ajeno a su interés. Se movía con seguridad. Repartía la mezcla con movimientos breves y eficaces y luego le daba la vuelta. Mary vol-

vió a lo suyo. Acabó de lavar las frambuesas y les puso un poco de azúcar para que soltaran el jugo. De repente, se dio cuenta de que había tenido un descuido y preguntó:

—¿Quiere café?

—¿Lo tomará usted?

—No, yo tomaré leche.

—Leche está bien también para mí.

«Más que bien», se dijo Ryder, mientras intentaba recordar cuánto hacía que no tomaba un vaso de leche fría y dulce... Menos tiempo que desde la última vez que había nadado, aunque no se lo parecía. Con gesto experto, dio la vuelta a otra tortita y la puso aparte para mantenerla caliente. Antes de añadir más masa, preguntó:

—¿Quiere que la traiga? He visto la fresquera en el porche de atrás.

Mary aceptó su oferta, pensando que él no se habría ofrecido a hacerlo si le supusiera una molestia. Mientras tanto, aprovechó para poner la mesa. En cuestión de minutos, estaban sentados el uno al lado del otro, desdoblando las servilletas. Ryder se disponía a coger el tenedor cuando vio que Mary inclinaba la cabeza. Al instante, sus dedos soltaron el tenedor y su mano resbaló hasta su regazo. Bajó la cabeza pero no cerró los ojos, sino que observó cómo Mary bendecía la mesa en voz baja. Una vez terminada la oración, ella le sonrió con gesto de ánimo.

—Sírvase, por favor.

Por un segundo, Ryder no fue consciente de lo que le decía. Estaba mirando fijamente su boca y aquella sonrisa que tenía el extraordinario poder de desconcertarlo un poco... Entonces parpadeó y todo volvió a su sitio. La sonrisa, por su parte, había ido desvaneciéndose poco a poco bajo su penetrante mirada. Desvió la vista con brusquedad, cogió el tenedor y atacó el montón de tortitas.

Por el rabillo del ojo, Mary lo observó untarlas de mantequilla y añadirles las frambuesas. Dedujo que tenía apeti-

to, y se preguntó cuándo habría comido por última vez, aunque los buenos modales le impidieron preguntárselo. Se dirigió a él mientras ponía dos tortitas en su plato.

—¿De qué conoce a Walker?

—Coincidimos en West Point. —La vio quedarse quieta un instante, sorprendida, y no le extrañó su reacción—. Aunque empezamos al mismo tiempo, yo era dos años mayor. Él terminó, yo no.

Ella se dedicó a prepararse las tortitas, y entonces él añadió:

—Probablemente, eso se ajusta bastante a lo que usted esperaba de mí.

Mary arqueó sus cejas cobrizas.

—No creo haberme formado expectativas respecto a usted, señor McKay. Acabamos de conocernos.

Él no dijo nada y se concentró en su comida. Ella se quedó callada unos minutos; luego preguntó:

—¿Cómo es que entró usted en West Point?

Ryder la miró de frente.

—¿Cómo es que entró usted en un convento?

Su franqueza la sorprendió. Mary sacudió levemente la cabeza. Ryder podría haberle dicho de manera más clara que estaba entrometiéndose en su intimidad.

—Mire, señora —prosiguió él—: si el precio del desayuno es tener que contestar a su lista de preguntas, me parece que me marchó.

Mientras aguardaba una respuesta, se echó atrás en la silla y apartó su plato a medio comer... y por segunda vez en una misma mañana, Mary se vio ofreciendo disculpas. Con suavidad, dijo:

—Tiene razón: ha sido una grosería inadmisibles. No hay condiciones para el desayuno. —Y volvió a empujar el plato hacia él, aunque sentía que su propio apetito iba desvaneciéndose—. Coma hasta saciarse, no volveré a molestarlo.

Él no necesitó una segunda invitación y siguió comiendo con buen apetito mientras ella se limitaba a dar vueltas a la comida en el plato.

—Es una casa muy grande sólo para usted —comentó Ryder echando una nueva ojeada a la cocina—. ¿Está aquí sola?

—Ahora mismo sí. Jay Mac y mamá han pasado aquí casi todo junio, y volverán otra vez el mes que viene. Contratan temporalmente a gente de Baileyboro para mantener la casa, pero yo no quería a nadie por aquí, de modo que los he despachado. —Suspiró con una pizca de melancolía—. Pero tiene razón: es una casa grande para andar por aquí sola. Todas las habitaciones me traen recuerdos, y ésta quizá más que cualquier otra... A veces casi me parece oír a todas las «Mary» riendo, discutiendo y charlando.

Esbozó una sonrisa al evocar las riñas que estallaban alrededor de la mesa de la cocina para ver quién limpiaba las frambuesas, quién hacía la cobertura de la tarta, quién ponía la mesa y quién servía la leche.

—Éramos demasiadas, y no siempre había tareas suficientes para todas.

—Las «Mary»... —repitió él en tono pensativo—. ¿Así se llaman ustedes a sí mismas?

La sonrisa de ella se intensificó.

—No, así nos llamaba nuestro padre. Se le ocurrió cuando empezamos a llamarlo «Jay Mac», y lo empleaba casi siempre que se planteaba algún castigo colectivo.

—¿Un castigo colectivo?

—Ya sabe, cuando alguna hacía algo malo y no lo confesaba. Entonces Jay Mac nos ponía en fila, de mayor a menor, y empezaba a pasear arriba y abajo por delante de nosotras, hablando con nuestra madre como si ni siquiera estuviéramos en la habitación.

Mary habló con voz más profunda, frunció el cejo,

metió la barbilla y alzó la vista como si mirase sobre la montura de unas gafas invisibles.

Ryder la observó, fascinado por su imitación. John MacKenzie Worth era un destacado personaje de la industria, dueño de una de las compañías ferroviarias más poderosas y prósperas de la nación, además de amigo personal de presidentes y generales... No era un hombre para tomarlo a la ligera ni con desenfado; sin embargo, su hija atacaba sin reparos aquel íntimo destello de vida familiar.

—Entonces decía: «Moira, las “Mary” han perpetrado un delito de lo más atroz: los he contado y faltan dos puros del humidificador de mi mesa. Ninguna de las “Mary” quiere confesarlo, de modo que todas las “Mary” han de cargar con la responsabilidad.»

Su imitación de Jay Mac era muy buena, aunque todas sus hermanas coincidían en que había tenido más años que las demás para ensayar. Mary se enderezó y recuperó la melodiosa dulzura de su voz.

—Así seguía unos cuantos minutos, creo que con la esperanza de cansarnos, aunque nunca lo lograba; ser una de las «Mary» nos hacía más fuertes, porque para enfrentarse a una fuerza de la naturaleza como Jay Mac era preciso formar piña. —Esbozó una rápida media sonrisa que también le iluminó los ojos—. Pobre papá... Tan listo en tantas cosas y nunca ha sabido cómo dividir y por tanto conquistar a sus cinco «Mary».

Ryder imaginó que, sólo con que fuera cierto un tercio de lo que Walker le había escrito sobre la familia, las cinco jóvenes «Mary» debían de ser unos personajes dignos de tenerse en cuenta.

—¿Por qué todas ustedes se llaman «Mary»?

Ella tomó un sorbo de leche.

—Idea de mamá... Tradición, supongo. Es irlandesa, ¿sabe?, y católica, por supuesto. Pero papá es presbiteria-

no riguroso, y luego estaba el problema de que todas somos bastardas, porque Jay Mac no se casó con mi madre hasta hace unos pocos años. —Le echó una ojeada y se preguntó qué le habría revelado Walter al respecto—. ¿Estaba al tanto de eso?

Él asintió, aunque su atención se concentraba más en otra cosa: el bigote de leche que ella tenía en el labio superior. Su juvenil sonrisa, el extraño corte de su cabello cobrizo y ahora la leche que le perfilaba la forma del labio superior la hacían parecer tan joven como una colegiala... e igual de inocente, se recordó a sí mismo. Entonces carraspeó y se tocó el labio.

—Leche.

Ella comprendió al instante.

—Ah —dijo, algo cohibida. Se dio unos toquécitos en la boca con la servilleta de lino y lo miró—. ¿Mejor?

—Se lo ha quitado todo —contestó Ryder, sin responder del todo a su pregunta—. De modo que todas ustedes eran «Mary»...

—Bueno, sí... —asintió ella, retomando el hilo de la historia—, aunque en realidad, no. A mí me llaman Mary, o a veces Mary Francis, pero mis hermanas han sido siempre Michael, Rennie, Maggie y Skye. Sólo oían «Mary» delante de sus nombres cuando se metían en serios problemas.

A él le dio la impresión de que ésa debía de ser una circunstancia bastante frecuente.

—¿Quién robó los puros del humidificador?

—¿Cómo? Ah, los puros... —Por fin Mary dejó de aparentar que comía; llevó el plato al fregadero y tiró lo que quedaba en un cubo—. Fue Michael, le gustaba el olor del humo.

—¿Y cuál fue el castigo de su padre?

Ella se volvió para mirarlo y se apoyó en el fregadero; el recuerdo le hizo arrugar la nariz.

—Fumar hasta que se nos puso la cara de color verde guisante.

—¿Y a Michael también?

—A Michael también. Aguantó más que las otras, y eso, desde luego, la delató como responsable del atroz delito a los ojos de Jay Mac, pero al final sucumbió. Jay Mac se quedó muy convencido de que no volvería a coger otro puro mientras viviera.

—¿Y ha sido así?

Mary asintió.

—Que yo sepa, sí... —Lanzó a Ryder una mirada socarrona, y añadió con guasa—: Los dejó por los cigarrillos.

Él esbozó una media sonrisa compartiendo la ironía y el humor, y luego siguió comiendo mientras Mary quitaba la sartén de la hornilla, retiraba el cuenco grande con los restos secos de la masa y los utensilios sucios, y empezaba a fregar. No lo oyó acercarse, y no supo que estaba a su espalda hasta que él deslizó su plato en el agua. Sorprendida, dio un pequeño respingo. Antes de poder decir que, sencillamente, la había sobresaltado, él ya retrocedía como si se hubiera quemado.

—No se preocupe —dijo con sequedad—. No voy a tocarla.

Los ojos color verde selva lo miraron curiosos.

—No pensaba que fuera a hacerlo, y tampoco daría un respingo si lo hiciera. Me ha cogido desprevenida, eso es todo. No sabía que estaba ahí. Usted no me da miedo.

Él se quedó callado, sopesando la veracidad de sus palabras.

—¿Es porque se siente a salvo dentro de esa indumentaria?

Ella enarcó levemente las cejas al oír llamar a su hábito «indumentaria». Con voz paciente pero serena, respondió:

—Es porque no creo que tenga intenciones de hacer-

me ningún daño. Es amigo de Walker, ¿no? ¿Por qué iba a querer perjudicarme?

—No estaba tan segura allá en el lago.

—Allá en el..., eh..., el lago ni siquiera estaba segura de que conociera a Walker Caine. —Se volvió de espaldas a él y siguió fregando; entonces, bajó el tono de voz y dijo con tanta sinceridad que parecía dolorida—: Y sí, en parte tal vez tenga que ver con mi indumentaria.

Así que no tenía nada que ver con él, se dijo Ryder, sin saber si creerla. Nada que ver con su piel bronceada por el sol, con su pelo lacio y negro como la tinta ni con el revólver que llevaba a la cadera.... Sin decir nada, se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un sobre arrugado, muy manoseado y con unas cuantas manchas de dedos en el dorso. Lo abrió con cuidado y sacó su contenido: una carta de dos páginas, escritas por delante y por detrás, que había recibido mejor trato que el sobre. Después se la tendió a Mary.

—No tiene que demostrarme nada —dijo ella.

—Tómela.

Mary sacó las manos del agua, las sacudió y se las secó en un paño. A continuación, cogió la carta que Ryder sostenía delante de ella.

—No es necesario.

—Léala.

Mary sólo había visto la letra de Walker una vez, en la boda de su hermana, cuando firmó con su nombre los documentos de matrimonio. Se apresuró a volver las páginas, y sus ojos fueron en seguida a la firma; reconocería las amplias líneas de su «W» en cualquier parte. Una vez segura de que la carta era realmente de su cuñado, volvió al principio y la leyó con atención de cabo a rabo. Casi toda trataba de Skye, de la apresurada boda y de las circunstancias que habían llevado a Walker a la mansión Granville. Había datos anecdóticos sobre la fa-

milia de Skye y descripciones que hicieron asomar una sonrisa a los labios de Mary; desde luego, Walker los tenía bien calados a todos. La carta terminaba con una invitación a Ryder para que los visitara, a él y a Skye, cuando quisiera.

—Walker todavía no sabía lo de su misión a China —dijo al devolverle la carta—. Ha estado allí, ha vuelto y se ha marchado otra vez.

—Tampoco sabía cuándo iba a aceptar yo su invitación —añadió Ryder—, porque al final no le respondí.

—Es una invitación bastante vaga.

—Pero sincera.

—Ya lo sé. Walker no le hizo el ofrecimiento por cumplir, ése no es su estilo en absoluto.

Cuando Ryder volvió a guardar la carta de Walker, Mary vio mejor el sobre. Algo incrédula, preguntó:

—¿De ahí viene usted? ¿De Fuerte Preston, en el territorio de Arizona?

—Allí estaba cuando me llegó la carta; en realidad vengo de Fuerte Apache.

—¿Ha recorrido casi todo el país para ver a Walker sin ocurrírsele siquiera comprobar si estaba aquí?

—No es preciso ser tan arrogante —espetó él sin alterarse—. ¿O es que le he dado la impresión de ser estúpido?

No, pensó ella; desde luego no le había dado semejante impresión.

—Todo lo contrario —dijo.

Él dobló el sobre y lo guardó. En su voz había una gravedad que antes no tenía cuando le explicó:

—He venido al Este a presentar mis respetos a un profesor que ha muerto hace poco. Me perdí el funeral que le hicieron los militares, pero hablé con la viuda y me quedé en paz. Eso era muy importante para mí.

Mary estaba segura de ello. Aunque las marcadas fac-

ciones de Ryder seguían imperturbables, en sus ojos había cierta solemnidad. Mientras empezaba a atar cabos, preguntó:

—¿Era un instructor de West Point?

Él asintió.

—El general Augustus Sampson Thorn.

Era un nombre impresionante, pero a Mary no le sonaba.

—No creo conocerlo.

—Un veterano de las batallas de Shiloh y Manassas, y también de algunas de las primeras campañas del Oeste contra los cheyennes. No se preocupe —añadió al ver que ella seguía negando despacio con gesto de ignorancia—. Él habría preferido que lo recordaran por su carrera como profesor.

—¿Qué asignatura daba?

—Matemáticas.

Una vez más, la desconcertó su capacidad para sorprenderla.

—¿Y esa asignatura le gustaba a usted?

—Muchísimo.

—Ya entiendo —dijo ella, aunque en realidad no sabía qué pensar.

En ese momento, él casi sonrió antes de decir:

—No. No entiendo nada en absoluto.

A Mary le dio la impresión de que eso no le molestaba, lo cual era un indicio de que no le importaba su opinión, fuera la que fuese. Supuso que eso era lo normal. Eran prácticamente dos extraños, a pesar de tener un conocido común y de conocer mutuamente sus nombres.

Acabó de fregar el último plato mientras Ryder permanecía a su lado.

—¿Cuándo tiene que volver al fuerte? —preguntó.

—No debo volver allí, tengo una nueva misión.

—¿Aquí en el Este?

—No. —¿Fue decepción lo que vislumbró en el rostro de Mary, o tal vez alivio?—. En el territorio del Sudoeste.

—¿Es usted soldado regular?

En opinión de Ryder, no había nada regular en el ejército.

—Más o menos —dijo—; soy explorador.

La risa de Mary Francis Dennehy no era para pusilánimes, y en aquel momento estalló desde su interior como una ráfaga de ametralladora. Era una risa fuerte, ronca y, sin embargo, maravillosamente alegre y contagiosa. Sus facciones, solemnes y serenas hasta en las circunstancias más difíciles, se volvieron animadas y expresivas. Los ojos se cerraron, su nariz se frunció, la generosa boca se abrió sin miedo, y ella se ruborizó desde la base de la garganta hasta la raíz del pelo. Su familia agradecía aquella risa; las Hermanitas de los Pobres hacían la vista gorda por ella; la madre superiora la padecía... y el obispo Colden rezaba para que no apareciera cuando decía misa.

Ryder McKay retrocedió un paso y se la quedó mirando de hito en hito, muy callado. Mary intentó recobrar el resuello.

—Ay... Ay, lo lamento... No, no lo lamento... La verdad es que no... Ay... —Sintió que otra carcajada surgía en su interior y se esforzó por sofocarla. Mientras se enjugaba con delicadeza las lágrimas que se le habían agolpado en las comisuras de sus luminosos ojos, contuvo la respiración como si tuviera hipo—. Pero es tan divertido, ¿no cree? Usted..., un explorador del ejército..., perdido cuando iba camino de..., de...

—De la casa de Walker —terminó él sin rastro de humor—. Era divertido cuando me di cuenta yo, pero humillante cuando se da cuenta usted.

Aquello cortó su risa en seco.

—Perdone, no he querido decir... —fue quedándose callada al ver que los ojos de él no estaban tan serios

como un momento antes, y entonces se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo. Volvió a enjugarse los ojos—. No se lo diré a nadie.

—Me parece que eso ya lo he dicho yo —le recordó él.

—Sí, es verdad.

Mary cogió un paño de cocina, pero él se lo quitó de las manos y empezó a secar los cacharros. Apoyada en el fregadero, Mary lo observó. Y se preguntó por qué estaba allí en aquel momento, por qué se había perdido y qué significaba aquello.

—Hay una señal en la bifurcación —le dijo—. La casa de Walker está bien indicada.

—No había ninguna señal —la contradijo Ryder.

Sí, pensó Mary Francis, sí la había... Pero era una señal para ella, no para Ryder McKay.

Pasada la medianoche, Mary salió de la casa y recorrió de nuevo el camino al estanque. La noche estaba despejada; las estrellas y una luna en cuarto creciente alumbraban el sendero. Mary ni siquiera se había planteado llevar una luz. Había encontrado el camino de la charca sin equivocarse en noches mucho más oscuras que aquella, así que no había problema.

Vestida sólo con su blanca combinación de algodón, parecía un espectro al cruzar el campo de flores silvestres. Caminó sin hacer ruido por donde las hierbas estaban aplastadas. Mientras subía por la ladera de la colina notó la fresca tierra en los pies descalzos y, ya en el bosque, la suavidad del lecho de agujas de pino. Se detuvo un instante al borde del claro, como había hecho tantas veces, como aquella misma mañana; para ella, aquel lugar era un santuario, un sitio de paz y de culto, y dio gracias por él. Luego avanzó hacia la escalera natural de piedra al tiempo que deslizaba los anchos tirantes de la combinación

por los hombros para que la tela, como una caricia, resbalara sobre su piel. El tejido cayó a sus pies agolpándose en el suelo. Se deslizó de él y, sin vacilar, se lanzó al agua.

Desde su posición elevada, al otro lado del pequeño lago, Ryder McKay observó el elegante y flexible cuerpo de Mary deslizarse casi sin hacer ruido por las profundidades negras como la tinta. Se dijo que debía marcharse, pues ella apreciaba aquel lugar por su soledad. Por segunda vez era un intruso y por segunda vez no había hecho notar su presencia. De nuevo pensó que debía irse, pero en aquel instante, Mary subió a la superficie y alzó los brazos para estirarse. La luz de la luna dibujó su esbelto cuerpo, y Ryder dejó de pensar en lo que debía hacer y en su lugar meditó lo que haría.

Mary se volvió de espaldas y flotó sin esfuerzo apenas, agitando los pies justo lo suficiente como para mantenerse a flote. El agua estaba más tibia que el aire, sintió un hormigueo en la piel y los pezones se le endurecieron. Entonces se zambulló de espaldas, completó un círculo para calentarse entera y volvió a salir a la superficie. Vio su aliento en el aire como una neblina... o como el humo de un puro y sonrió.

¿Por qué le había contado aquella historia a Ryder McKay? ¿Y las demás de por la tarde, e incluso después de anochecer? Él había querido ponerse en camino después del desayuno, dado que no había posibilidad alguna de ver a Walker, pero ella insistió en que la ayudara en algunas de las tareas más pesadas de la casa. Claro que a él no pareció importarle, reflexionó Mary, incluso fue él quien se ofreció a acabar de pintar las barandas del por-

che tras el almuerzo. Ninguno de los dos mencionó la cena, pero sin saber cómo, pareció natural que se quedara. Luego se sentaron juntos en el balancín de la parte delantera de la casa, y el tiempo pasó sin dejarse sentir. Ella se dio cuenta de que él perdía la oportunidad de marcharse de Baileyboro, y sin embargo no hizo alusión al horario del tren... En vistas de las circunstancias, lo más adecuado era ofrecerle uno de los cinco dormitorios de la casa para que pasara la noche.

No se le había ocurrido pensar que, mientras Ryder estuviera allí, en el dormitorio del otro lado del pasillo, ella no podría dormir. Aunque estaba cansada cuando le dio las buenas noches, no contaba con que no dejaría de dar vueltas preguntándose si le parecería cómoda la cama. Al cabo de treinta minutos, se levantó, fue al asiento que quedaba junto a la ventana e intentó leer, pero le resultó más fascinante mirar la luz de las estrellas sobre el campo de fuera y el sendero que iba al estanque, que se extendía ante sus ojos como una cinta oscura. Aún se quedó sentada en la ventana otra media hora, hasta que al fin supo dónde buscar algo de tranquilidad... Sólo que ya no era lo mismo, y sabía que no debía echarle la culpa a Ryder McKay. Su intromisión no era el problema. No hallaría paz en ningún lugar si antes no la encontraba en su propio corazón.

De repente, llegó sin avisar: la inefable tristeza que últimamente ocupaba tanto lugar en su vida. Sintió que se le posaba, pesada, sobre el pecho, que se lo aplastaba. Le costaba trabajo respirar. El movimiento de sus brazos se volvió lánguido, como si se le hubieran vuelto de plomo. Mary conocía demasiado aquella sensación como para combatirla; en lugar de eso se rindió y se limitó a deslizarse bajo la superficie, donde las lágrimas se mezclaron con el agua.

Ryder se levantó un poco, ansioso al ver que Mary no salía de nuevo. Contó diez segundos y se preguntó cuánto tiempo más contendría la respiración. Estaba ya a punto de zambullirse para buscarla cuando ella emergió y se dirigió hacia la orilla. En el silencio de la noche le llegaron con claridad los trabajosos jadeos con que buscaba aire, y sólo poco a poco se dio cuenta de que algo no encajaba: lo que en realidad estaba oyendo eran sollozos de angustia. En ese momento, se puso de pie resuelto ya a marcharse. Se dijo que lo que desgarraba el corazón de Mary, fuera lo que fuese, era una cuestión entre ella y su Dios; aquello no tenía que ver con él, y él no tenía cabida en ello.

Sin embargo, sin saber cómo, se encontró rodeando el estanque hasta llegar junto a su cuerpo postrado. Recogió la combinación y se agachó a su lado.

—Póngase esto —dijo en voz baja.

Y al ver que ella no era capaz de hacerlo por sí misma, la ayudó.

Después le pareció lo más natural del mundo tomarla en sus brazos.